

BEN FERGUSSON

LA **PRIMAVERA** DE  
**KASPER MEIER**

Título original: *The Spring of Kasper Meier*  
First published in the English language in  
Great Britain in 2014 by Little, Brown, an  
imprint of Little, Brown Book Group.

Primera edición: 2015

© Ben Fergusson, 2014  
© traducción: Valentina Reyes, 2015  
© de esta edición: Bóveda, 2015  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-15497-79-0  
Depósito legal: SE. 1022-2015  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Ser gei Ignatov . . . . .	13
Un encendedor con una mujer desnuda... . . .	17
Siete latas de jamón . . . . .	37
Dinero en efectivo . . . . .	51
Una pipa con cañón de marfil . . . . .	67
Kazimir Nikitin . . . . .	89
Una horquilla de nácar . . . . .	93
Un reloj de pulsera . . . . .	105
Sábanas . . . . .	123
François Wenger . . . . .	151
Papeles . . . . .	157
Un par de zapatos verdes . . . . .	173
El tacón de un zapato . . . . .	197
Igor Maslov . . . . .	209
Una pistola rota . . . . .	217
Una hoja de papel . . . . .	233
Un paquete de cigarrillos . . . . .	245
Matthew Lopez . . . . .	257
Cigarrillos . . . . .	267

Información . . . . .	277
Una taza esmaltada . . . . .	295
Unos calzoncillos largos enterizos . . . . .	305
Un pequeño paquete de carne de caballo . . .	319
Otto Spielmann . . . . .	343
Gelatina . . . . .	349
Glaseado. . . . .	355
James McGovern . . . . .	367
Una botella de coñac . . . . .	373
Pyotr Fedotov . . . . .	381
Una aguja enhebrada . . . . .	389
Una pistola . . . . .	397
Malcolm Butler . . . . .	413
Pasajes . . . . .	429
Heinrich Neustadt . . . . .	439
Agua corriente . . . . .	447
Agradecimientos . . . . .	453

*Para Barbara Fergusson y Katie Thomas*



*O schöner Tag, wenn endlich der Soldat  
Ins Leben heimkehrt, in die Menschlichkeit,  
Zum frohen Zug die Fahnen sich entfalten,  
Und heimwärts schlägt der sanfte Friedensmarch.*

*Die Piccolomini, FRIEDRICH SCHILLER*

«Oh, hermoso día, cuando al fin el soldado  
vuelve a casa —a la vida, a la humanidad—,  
cuando las banderas se despliegan en jubilosa cabalgata  
y la suave marcha de la paz marca el camino de regreso».

*Los Piccolomini, FRIEDRICH SCHILLER*

Todos los personajes y acontecimientos de esta publicación, excepto los que pertenecen claramente al dominio público, son imaginarios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.



## SERGEI IGNATOV

**E**L DIMINUTO BAR DE FRAU LEIBNITZ EN PRENZLAUER BERG estaba lleno de gritonas voces rusas y de olor a sudor, a *schnapps* barato y a vómitos. Casi todo el ruido procedía de una pequeña mesa del rincón, donde cuatro rusos cantaban una serie de canciones subidas de tono sobre las mujeres alemanas. Frau Leibnitz miraba fijamente por encima de sus cabezas con gesto de concentrada tristeza. Tenía la vista clavada en el edificio de enfrente del bar, aún en ruinas; las desescombradoras habían amontonado en un lado de la calle los ladrillos y el enlucido para que pasaran los *jeeps* rusos. Los restos los habían saqueado, vuelto del revés y peinado quienes rebuscaban tesoros escondidos con que hacer trueques y madera para el fuego, y su esfuerzo había dejado al descubierto una gran cornucopia de escayola amarilla, con la pintura descascarillada en parte.

Sergei Ignatov estaba sentado en medio del grupo de soldados cantarines, era el único que no se había quitado la verde guerrera acolchada. Mientras cantaban, los otros, todos diez años mayores que él, lo empujaban, le alborotaban el pelo y lo invitaban a ponerse de pie y a cantar. Él reía con gesto tímido y les apartaba las manos con un cordial braceo de oso.

Sergei observaba a Frau Leibnitz, quieta en la barra. Llevaban tres semanas viniendo aquí y siempre esperaba pedirle que compartiera un cigarrillo con él, pero cada vez que intentaba entablar conversación se le atragantaban las palabras y, con el ánimo por los suelos, terminaba llevando las bebidas a la mesa de los escandalosos camaradas.

Esa misma mañana, en la cama, había pensado en Frau Leibnitz y se había masturbado sin hacer ruido bajo la manta de lana. Le haría el amor con dulzura, con la cara metida en los suaves rizos de su pelo castaño. No sería como la primera vez, entre las burlas de sus amigos, que le dieron palmadas en la espalda y lo aclamaron cuando entró en la llorona muchacha. Serían sólo él y Frau Leibnitz, y los dos estarían desnudos del todo. Nunca había visto a una mujer desnuda del todo. Al menos, a ninguna que estuviera viva.

—Ahora vengo —dijo.

Sus amigos, que en ese momento intentaban subirse a la mesa para bailar, no lo oyeron. De uno de los vasos se derramó *schnapps* y le mojó la pierna. De nuevo dijo: «Ahora vuelvo», se levantó y cruzó el bar para salir. Mientras abría miró a Frau Leibnitz, pero ella no se fijó en el adolescente que estaba junto a la puerta; miraba hacia delante, y las puntas de sus dedos se mantenían en el aire por encima del manchado mantel extendido sobre la barra.

La nieve había desaparecido, pero Sergei aún sentía el invierno en el viento que azotaba la calle, levantando tierra de las ruinas de enfrente. Sólo cuatro edificios de la calle de Frau Leibnitz seguían en pie. Durante el día los demás se convertían en una ciudadela de imponentes muros de ladrillo, delgados, quemados y manchados de lluvia sobre las onduladas colinas de piedra gris y polvo. Pero a la escasa luz de la luna creciente y de unas cuantas estrellas que brillaban en un cielo por lo de-

más nublado, los montones de cascotes se alzaban y descendían junto a él como siluetas de unas montañas lejanas.

Sergei fue hacia la Schönhauser Allee y no tardó en oír sus pasos más fuerte que las voces eslavas que, a sus espaldas, llegaban del bar. Durante un instante se imaginó que estaba otra vez en Kazán, y que volvía del colegio a casa de sus padres. Dio un sorbetón, se encogió de hombros y escupió en el suelo. Decidió que el día siguiente le llevaría a Frau Leibnitz algún regalo: carne en lata quizá, o a lo mejor algo más romántico, jabón o unas medias.

Oyó un ruido —el roce de un zapato— y se llevó la mano a la pistola. Miró al suelo y después hacia atrás, al bar, y a la calle principal que tenía delante, pero no vio nada. Volvió a oír el ruido y entonces reparó en una mujer que estaba en el portal de un edificio medio desplomado. Tenía la piel tan clara, y el portal estaba tan oscuro, que su cabeza parecía flotar sin cuerpo hasta que salió a la calle. Y en ese momento Sergei vio que era bonita a su manera, pero flaca, y que tenía el pelo negro y muy corto, sorprendentemente corto, como un chico. Dijo algo en alemán que él no entendió, pero sí entendió lo que le proponía. Sergei se volvió a mirar el bar y luego miró a la mujer. Ella sonrió. Sergei sacó unos cigarrillos y se los enseñó. Ella asintió y, con un gesto, le indicó que la siguiera por la puerta. Sergei avanzó con cautela.

El interior del edificio estaba absolutamente negro salvo por un poco de luz gris que llegaba de la entrada al patio que había detrás, y que enmarcaba un espacio vacío e informe. El olor a madera quemada y a moho flotaba, denso, en el aire inmóvil.

—*Hola* —dijo Sergei en ruso.

Su voz subió resonando por el hueco de la escalera. Sergei tropezó con los ladrillos rotos y el enlucido hecho añicos

que había en el suelo, y alargó las manos en la oscuridad buscando a la chica.

—*¿Hola?* —repitió.

Un destello blanco, luego un estampido. Sergei estaba tendido bocarriba en los escombros. Trató de hablar pero no tenía aire en los pulmones, y se dio cuenta de que el calor que sentía en la cara era su propia sangre. Oyó crujir las rodillas de la mujer cuando se agachó. Ella le puso los dedos sobre la yugular, en el cuello; el pulso latía junto a las puntas de los dedos en fuertes oleadas, y entonces Sergei sintió de nuevo la pistola en la frente, con la punta adelantándose, hasta que notó el frío círculo pegado a la piel.

## UN ENCENDEDOR CON UNA MUJER DESNUDA Y UN CABALLO

**E**N ABRIL DE 1946 POR TODA LA WINDSCHEIDSTRAßE seguía habiendo unas cuantas tiras de casas de pisos intactas. El revoque de las fachadas estaba agrietado y acribillado de huellas de balazos y metralla, y a menudo faltaba el vidrio de las puertas. Pero había puertas: grandes y hermosas puertas de madera que traqueteaban y se estremecían al cerrarse. Y al otro lado de esas puertas, la suave barandilla de madera que subía serpenteando hasta los pisos de la parte delantera del edificio, con el pasamano mate, pues hacía siete años que no se pintaba ni se enceraba. En los peldaños seguía aún el gastado linóleo, aunque ahora se oía constantemente bajo los pies el crujir del polvo, imposible de eliminar.

Pasada la escalera, tras cruzar la puerta que daba al patio central, el suelo estaba cavado y plantado de verduras. Pero todavía lo rodeaban los pisos del costado y de la parte de atrás, manchados de gris por el polvo y la ceniza que, mezclados con la lluvia y la nieve, chorreaban por las altas paredes pintadas que llegaban hasta el mismo rectángulo de cielo, allá en lo alto.



En el número 53 de la Windscheidstraße Frau Sauer barría el patio con una escoba vieja y despeluchada. A intervalos regulares salía de su piso de la planta baja, por lo general para revolotear por el camino de cemento resquebrajado. En realidad se dejaba ver ante los demás vecinos y ante cualquier posible visita, mientras vigilaba con aire dominante la pequeña parcela de patatas que crecía en la esquina del huerto. De vez en cuando alzaba la mirada para ver si la observaba alguien, pero el único espectador habitual era Herr Meier, cuya mano blanca flotaba tras la ventana de su cocina, cinco plantas más arriba, con el rostro oculto a la vista.

En ese momento las manos de Kasper Meier se ocupaban en repartir el tabaco de un cigarro del mercado negro en otros cuatro más finos, empleando el papel del cigarrillo para dos y papel de periódico para el segundo par. Esa tarea le había ennegrecido para siempre las puntas de los dedos y las uñas de la mano derecha, y le había dejado una mancha gris en el labio inferior, donde apoyaba la mano para pensar. Disfrutaba del tabaco en sí y del hecho de que el acto de fumar era completamente egoísta, pero, de modo más consciente, disfrutaba con el valor comercial de los cigarros en el mercado negro; de manera que al dar la primera calada a Kasper le pareció estar fumando dinero puro.

Las sillas estaban puestas junto a la ventana de la cocina, dando al patio. Cuando en 1939 alquiló el piso alto de la trase-  
ra, los demás vecinos del número 53 de la Windscheidstraße pensaron que tenía una encantadora confianza en el rápido éxito de la guerra, al creer que nadie se atrevería a atacar Berlín. Cuando comenzaron los primeros ataques aéreos en 1940, y se negó a salir del piso mientras las sirenas gritaban, pensaron que era testarudo y se encogieron de hombros. «Pobre Herr Meier», decían, «aunque los *Tommiés* no le den, no escapará

de un incendio». Cuando los bombardeos empezaron en serio, en 1943, y siguió sin bajar al refugio antiaéreo del sótano, los demás vecinos dejaron de hablarle y les dijeron a sus hijos que no se acercaran a él.

La única intención de Kasper al quedarse en el piso era pasar el menor tiempo posible con sus vecinos, de manera que aquello fue un regalo inesperado. La idea de saltar por los aires o morir asfixiado o quemado vivo le parecía un final mucho más deseable que acabar enterrado en un sótano con los demás residentes del número 53 de la Windscheidstraße, hasta que éstos consumieran todo el aire a fuerza de chismorrear.

Tras sobrevivir a los bombardeos y a la ocupación, con la única pérdida de un cristal de ventana (por obra de la culata del fusil de un soldado británico, que registraba el piso en busca de mercancías ilegales), y el uso temporal del meñique de la mano izquierda debido al invierno que, por fin, remitía, su posición dentro de la casa y la animosidad de los vecinos le resultaban de lo más conveniente. Se quedaba sentado tan tranquilo junto a la ventana y desde allí veía a todo el que se acercaba al piso, sabiendo que tenían cinco tramos de escalera que subir; eso le daba mucho tiempo para valorar la situación y esconder los cigarrillos, el dinero y los fragmentos de información, o para esconderse él mismo. Y si por el camino el desconocido se topaba con alguien y le preguntaba por Herr Meier, él sabía que el vecino en cuestión pondría los ojos en blanco y le diría algo así como: «No pierda usted el tiempo», o: «Me alegro de no saber nada de nada de ese viejo bobo».

Si le decía algo más, recurriría a los chismes y le contaría que en tiempos había sido un destacado nazi, un comunista muy importante o un espía ruso, británico, norteamericano o francés. El rumor preferido se lo dirían con aire cómplice Frau Sauer o Frau Schwartz, apoyadas en la escoba y en voz baja.

—¿El ojo ciego? No debería decírselo... no es asunto mío, pero... vaya, para que lo sepa: en el edificio donde vivía antes tenía costumbre de fisgar por el agujero de las cerraduras. Al final una de las vecinas metió un pincho mientras él miraba.

Al contarlo una y otra vez Frau Schwartz solía aclarar que se trataba de una prostituta, y que había calentado el pincho en la hornilla para que estuviese al rojo vivo cuando se lo hincó, chisporroteando, en la gelatina del ojo.

Kasper Meier dio una segunda calada al fino cigarro, y el nervioso globo del ojo que veía se fijó en una nueva visita que esperaba en el patio: una mujer que parecía venir directamente de desescombrar. Era joven, vestía botas, unos pantalones de hombre atados alto a la cintura con un cordel y una camisa color caqui con hombreras de algodón, y en la cabeza llevaba un pañuelo del que, por debajo, asomaba medio flequillo rubio. Primero miró la puerta del edificio lateral y luego, el lado de Kasper, hasta que levantó la cabeza hacia la ventana haciéndose visera con la mano en los ojos. Al ver a Kasper allí lo saludó con un gesto. Él dio otra calada, lenta, al cigarro.

Kasper la oyó subir corriendo por la escalera pero no se movió de su sitio. Los goznes de la puerta del piso se habían combado, quizá por la helada ártica del invierno o quizá por las cinco veces que la habían echado abajo a patadas. Fuera cual fuese el motivo, ahora hacía falta un cuidadoso movimiento de subida y empuje para abrirla. Cuando llegaban visitas inesperadas tenían tendencia a forcejear con ella unos minutos, llamándolo a voces por la abertura, mientras Kasper se terminaba el cigarro. Esta visita, sin embargo, llamó con los nudillos, gritó: «Hola» e inmediatamente se puso a empujar la puerta. Kasper alzó las cejas y siguió fumando. De pronto, en lugar de los empujones y los gritos intermitentes de costumbre, hubo unos



segundos de silencio, y luego la mujer abrió con una serie de rápidos porrazos que Kasper supuso que hacía cargando con el hombro; después, un poco colorada pero sonriente, apareció en la entrada de la cocina tras cerrar a puntapiés otra vez.

—La puerta está rota.

—Eso parece —dijo Kasper.

—¿Herr Meier? —dijo ella.

—¿Sí?

—Eva Hirsch. Encantada de conocerlo.

Le tendió la mano y Kasper agitó el cigarrillo en el aire como excusa para no estrechársela. Era más joven de lo que había creído antes, quizá tuviera veinte años. Estaba delgada, aunque no famélica, y sus mugrientos antebrazos desnudos salían, largos y rectos, por las mangas remangadas de la ancha camisa.

La chica se quitó con gesto rápido el pañuelo y se pasó alborotadamente los dedos por el pelo, provocando una pequeña neblina de fino polvo blanco. Con el sudor y la suciedad, unos acaracolados mechones rubios se le habían pegado por las orejas y la frente. El resto se había convertido en un rizado desastre bajo la tela: peinado con una indefinida raya a un lado, le caía casi hasta los hombros. Ella se lo alisó un poco de unos cuantos tirones bruscos, y el sol de la primavera temprana formó un pálido halo blanco en las encrespadas puntas.

—Bueno —dijo.

Kasper la observó mientras la joven se hacía cargo de la habitación, de las paredes tiznadas de hollín, del agrio olor a sucedáneo de café y leche rancia, de la torcida repisa que contenía los víveres: un pequeño ladrillo de pan negro, dos patatas pequeñas, una lata de betún abierta con tres cigarros y un pringoso paquete de papel, atado con cuerda, que tal vez contuviera mantequilla o quizá un poco de carne grasa, si es que Kasper

tenía contactos; ella supondría que los tenía. Y luego se preguntaría qué había bajo la vieja alfombra pegada a la pared de la cocina, que tapaba unos montones de artículos apilados.

—Está muy bien todo. Mire, hasta tiene usted bebida —dijo la chica.

Señaló una botella de coñac que estaba junto a la pata de la silla de Kasper, en cuyo fondo quedaban un par de centímetros de licor.

Kasper no dijo nada. Eva le dirigió una sonrisa de ánimo que él recordaba haber visto en otras mujeres jóvenes. Pero, aunque tal vez a ella le inspirara lástima, Kasper no estaba a disgusto con su aspecto. Combinado con una expresión imperturbable, provocaba cierta distancia que le agradaba. Que necesitaba. Además la compasión, los escasos momentos en que la había, era igual de útil que el miedo.

El miedo lo originaba su estatura: la tremenda longitud de sus extremidades, que acentuaba el arrugado traje azul oscuro que le colgaba, ancho, del huesudo cuerpo sin conseguir taparle las muñecas ni los tobillos. Una estatura que también se delataba en ese momento por el brazo que colgaba junto a su costado, con la mano casi rozando el suelo. Y acaso también hubiera algo inquietante en la perturbadora abundancia de su pelo lacio y blanco que, a pesar de los cepillados y los recortes, se le ponía de punta en densos copetes; le amarilleaba un poco por el flequillo, donde el humo del cigarro subía en espiral después de teñir las partes de los dedos que no estaban negras ya.

La compasión no procedía de su edad, que era indefinida; la gente suponía que acaso tuviera entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años, quizá incluso sesenta. En Berlín una cara llena de arrugas talladas por la suciedad, el miedo y el agotamiento ya no indicaba nada sobre la edad de nadie. Sólo había compasión cuando se fijaban en el ojo derecho, inmóvil y

de un blanco lechoso. Lo que en tiempos había sido una negra pupila rodeada de un iris color verde vivo, era ahora una mancha de un azul desteñido bajo una lisa capa neblinosa, como clara de huevo cocida. Y por muy serio o seguro que fuera el gesto de Kasper, el ojo siempre parecía desesperado por despojarse de su vaina, por volver a ver.

—¿Puedo sentarme? —dijo Eva—. Caramba, estoy sudando como un cerdo —añadió mientras se tiraba de las sisas—. Muy elegante, ¿verdad? No hay muchas oportunidades de ser una dama hoy día, ¿eh?

—¿Qué desea? —dijo Kasper.

Eva miró a su alrededor, levantó un montón de periódicos de una caja que estaba al lado de la fría hornilla de hierro y lo dejó caer al suelo. Luego se sentó, se sacó dos cigarros de tamaño normal del bolsillo delantero de la camisa, los desplegó en una mano y alargó la otra para coger la poca lumbre que quedaba en el de Kasper.

—¿Puedo? —preguntó.

Kasper titubeó un instante pero tendió la mano, y la chica cogió la diminuta colilla que le ofrecía, encendió un cigarro con ella y después el segundo. Le pasó uno a Kasper, al tiempo que tiraba la lumbre al suelo y la apagaba con la bota. Kasper miró el cigarrillo que le había dado y le dio una larga calada con el ojo bueno cerrado, colocando la cabeza de manera que el otro, blanco y ciego, siguiera mirándola fijamente. Soltó el humo despacio, volvió a abrir el ojo y dijo:

—Dios quiera que no haya venido a vender algo.

—Huy, no —dijo Eva—, nada de eso. Busco a una persona.

Cruzó las piernas y se quedó sentada encima de la caja como un buda; después apoyó en la rodilla el codo de la mano que sostenía el cigarro. Una sucesión de pequeños cortes y magulladuras, rosas, grises, azules y amarillos, le bajaba en tropel

por los antebrazos hasta las manos; la piel que rodeaba las uñas estaba roja y roída, la matriz de las uñas, sucia; la uña de un pulgar, negra.

—He oído decir que se le da bien encontrar personas —dijo.

—Ha oído mal.

—Era una fuente muy de fiar.

—¡Ja! —dijo Kasper, y de un capirotazo dejó caer ceniza en el alféizar—, en Berlín no existen las fuentes de fiar.

—Es un piloto.

—Ésos son los menos de fiar.

—No, la persona que buscamos es un piloto.

—Pues entonces sí que ha venido al sitio equivocado. Yo no me ocupo de los militares.

—Pues no hay manera de esquivar a los militares en Berlín —dijo ella.

—Sólo hay que poner mucho empeño. ¿Quiénes son nosotros?

—¿Cómo dice?

—Ha dicho usted «buscamos».

—Caramba, es usted bueno —dijo ella y se mordisqueó un momento las cutículas—. Es para una amiga mía. Pero no puede venir. Es complicado.

—Siempre es complicado y siempre es una amiga.

—De verdad que es una amiga —dijo la chica—. Me temo que es algo muy aburrido y muy sencillo. Está embarazada. Tuvieron un asunto, y ahora ella va a tener un bebé y quiere que él lo sepa. Él le gustaba, y cree que la sacará de Berlín, que se la llevará con él. Sé que es ridículo, pero...

Kasper se echó a reír, primero por lo bajo y luego en voz alta. Quitó las piernas de la silla que tenía enfrente, apoyó el codo en equilibrio sobre la rodilla y el mentón, en la mano.

—De verdad que es una historia muy bonita, pero no suelo aceptar casos de amores adolescentes. Le sugiero que su «amiga» patrulle por los mismos bares y lugares habituales donde se buscó a su Tommy, su *yanqui* o su *Iván*, y lo espere. Estoy seguro de que un día de éstos él aparecerá olisqueando por allí: que lo atrape como quiera.

Eva dio una larga calada al cigarrillo y echó la ceniza al suelo. Alzó la mirada hacia Kasper. Sus ojos eran raros: transparentes y de un azul oscuro, casi morado. Kasper no sabía si eran demasiado grandes para su cara o hermosos por su insólito tamaño. A pesar de su cuerpo delgado la chica parecía dura, robusta incluso; quizá fuera una fortaleza física derivada de trabajar con los escombros, quizá algo más efímero. Le recordaba a los pájaros, a los gorriones. Tal vez tenga veintitantos años, pensó, negándose a apartar la mirada antes que ella. Poseía un encanto lleno de seguridad, adulto. Por otro lado la piel del cuello era muy tersa y muy fina donde el leve bronceado de trabajadora a la intemperie perdía color en la visión periférica de Kasper, justo bajo el cuello de la camisa, donde las venas azules parecían difuminadas líneas de acuarela. Y luego estaba su constante agitación infantil y aquellos compulsivos dedos que no paraban de frotar los ojos, de desenredar mechones de pelo y retorcerlos en bucles, de toquetear el nacimiento del pelo y la colilla del cigarro. Una niña a quien la guerra había hecho adulta.

—Me dijeron que era usted difícil.

—No me gusta decepcionar —dijo Kasper, echándose atrás en la silla.

—Como es lógico, lo compensaríamos a usted generosamente.

Se sacó del bolsillo una pitillera y la puso en el alféizar junto a él. Era plateada, rusa quizá, con una foto en relieve de una mujer con los senos al aire que abrazaba la cabeza de un caballo.

—Tenemos buena relación con el mercado negro. Cigarillos. O si quiere usted, otra cosa. Algo especial.

—Yo tengo muchas relaciones buenas en el mercado negro, Fräulein Hirsch —dijo Kasper, y volvió a empujar la fea baratija hacia ella—. Como le he dicho, no creo poder ayudarla. Y tendrá muchas dificultades para encontrar a alguien que vaya de buena gana a husmear en asuntos militares, en particular para solucionar una pelea de amantes.

Eva miró la ventana, uno de cuyos vidrios lo reemplazaba un podrido tablero de madera, y luego clavó la mirada en el cielo que se veía sobre el edificio; estaba de un gris intenso, igual que durante todo febrero y marzo. ¿Qué era aquella incómoda confianza en sí misma?, pensó Kasper. Y de repente llegó a la conclusión de que estaban robándole. Se levantó de la silla de un salto y, a toda prisa, fue dando traspiés a la puerta, pero cuando se asomó el pasillo estaba vacío.

—¿Qué es lo que busca de verdad? —dijo, mirándola de nuevo—. ¿A qué ha venido?

—Como le he dicho, necesito esta información. —La chica sonrió—. Pero pensé que probablemente reaccionara usted de ese modo.

Sí, era joven y su rostro casi rebosaba juventud a la luz blanca, aunque Kasper vio que las arrugas que tenía en torno a los ojos ya echaban raíces, talladas por el polvo y por un año de desprender argamasa de los ladrillos durante un verano abrasador y un invierno glacial. Y las manos ya tenían diez años más que el resto del cuerpo. De habérselas estrechado, Kasper sabía que le habrían parecido secas y agrietadas, y que eran fuertes como las de un hombre. Se preguntó si no sería en verdad tan sólo una chiquilla presumida que había venido por una amiga embarazada. Intentó mostrarse comprensivo.

—Lo siento —dijo.

Ella asintió con la cabeza y clavó la mirada en la punta del cigarrillo.

—Mire —dijo Kasper—, a lo mejor puedo darle un par de nombres, otras personas que la ayuden. O encaminarla en la dirección correcta.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—No tiene que calmarme —dijo—. No hay por qué. —De pronto parecía confusa, y el cuello y las mejillas se le cubrieron de rubor—. No, es que tiene que hacerlo usted. Es que...

De nuevo tropezó con las palabras, pero miró fijamente al suelo con ademán enérgico y dijo:

—El contacto que me dio su nombre. Se llama... —Se calló un instante—. Herr Neustadt. Heinrich Neustadt.

Kasper había aprendido a reaccionar con una expresión absolutamente vaga ante cualquier nombre que oía... incluso ante un nombre que hizo que se le contrajeran las tripas y que un chorro de ácido le entrara disparado en el estómago vacío. Ella alzó la vista y lo miró, ahora con cautela, sin levantar la cabeza.

—Bueno, ¿se conocen ustedes? —dijo en voz baja.

—Yo conozco a mucha gente.

Kasper volvió a la silla fingiendo despreocupación y se puso de nuevo el cigarro entre los labios.

La chica parecía haber vuelto a controlar su incomodidad y dijo:

—Cuando estaba charlando con su patrona se lo describí. Me dijo que lo ha visto por aquí.

—Vino a verme una vez, quería que le buscara una cosa. No es que sea asunto de usted.

—Bueno, ella no estaba del todo segura, dice que se interesa poco por la vida de usted... según parece, no es su mayor admiradora. Pero a él lo ha visto aquí en todo caso. Lo declararía ante un tribunal.

Kasper sintió el ardor de la ira en torno al cuello de la camisa, en una falta de aliento, en un intenso dolor en la base de la cabeza. Sin embargo permaneció impasible. Dio una rápida sacudida al cigarro y dejó que los nudillos rozaran las tablas del suelo junto a la silla, en un lento y suave vaivén.

—¿Adónde quiere ir a parar, Fräulein...?

—Hirsch.

—Creí que no le gustaba andarse por las ramas pero, por lo visto, se ha colado usted en un verdadero zarzal.

Se mordió la carne de los labios. Ella dio un suspiro.

—Necesito la ayuda de alguien y nadie quiere ayudarme. Tengo formas de pagarlo pero, aun así, nadie quiere encargarse de ello, y usted es mi última esperanza. Lo que digo es que le ofrezco un trato: usted me ayuda y yo le pago, así de sencillo. A usted no le supone mucho. Y si la remuneración no es estímulo suficiente, le prometo no... Bueno, ya sabe: no denunciarlos a usted y a Herr Neustadt.

Kasper chasqueó la lengua y se rascó el lado de la nariz.

—El chantaje es un asunto muy feo, Fräulein Hirsch.

—Y la sodomía también.

Kasper miró por la ventana al patio, donde Frau Langer echaba agua sucia por el único desagüe que funcionaba.

—La verdad, no veo cómo espera usted demostrar su afirmación.

—Cartas.

—¿Cartas? ¿Cree que yo le enviaría cartas a este amigo suyo?

—Bueno, le envió usted ésta —dijo ella. Se sacó una nota del bolsillo y empezó a leer—: «Estimado Herr Neustadt: espero que esté bien. Podemos vernos según lo previsto a las 4:40 p.m. en la Sybelstraße el lunes 15. Atentamente, Herr Meier».

—Eso no es Sodoma y Gomorra precisamente.



—Y luego tengo esta respuesta, que él me ha dado para que se la entregue a usted pero que no ha cerrado bien. Dice: «Querido Kasper: el lunes 15 es perfecto. Cuando estamos separados estoy deseando verte. Con todo mi cariño, Heinrich Neustadt».

—Eso me suena muy poco típico de él.

—Sin embargo, la ha firmado. Y —añadió la chica, sacando otra nota del bolsillo del chaquetón— también puedo decir que tengo la declaración de otro vecino que, al fijarse en que la puerta del piso de usted estaba entornada, entró y, sin que nadie lo viera, desde luego, los sorprendió a ustedes dos, ya sabe, haciéndolo. Bueno, el asunto parece bastante claro. Y me da la impresión de que buscando un poco... quiero decir, que no será muy difícil.

—¿Qué le ha ofrecido usted para que escribiera eso?

Fräulein Hirsch se encogió de hombros.

—El honor ya no es lo que era, Herr Meier.

Kasper aprovechó la última calada del cigarro y luego lo apagó en la mancha negra de la pata de la silla; una mancha de aspecto maligno que crecía y se descascarillaba más a cada aplicación.

—¿Y qué cree que va a impedirme matarla ahora mismo de un tiro? ¿O mandar que la maten? ¿Quién va a echar de menos a una zorrilla desescombradora?

Se arrepintió de emplear la palabra en el mismo instante en que ésta salió de su boca, pero a Eva no le sorprendió. Lanzó el cigarrillo al pequeño fregadero que colgaba de la pared, sujeto con alambre, y de un salto se levantó de la caja.

—Es un riesgo pero, como le he dicho, esto es importante... de verdad que sí —recalcó con gesto serio. Volvió a meterse las cartas en el bolsillo superior y sacó una pequeña tarjeta. La dejó en el alféizar—. Y además, como la mayoría de la gente

de Berlín hoy día, la verdad es que no tengo nada que perder. Menos mal que usted sí.

Kasper se quedó mirando el sobado rectángulo blanco.

—¿Por qué yo? —dijo, avergonzado de sonar tan patético.

—No es usted en concreto. Es que resulta difícil encontrar en Berlín a alguien que esté haciendo algo tan malo como para que a nadie le importe. Menos mal que todo el mundo sigue odiando a los maricas, así que me temo que ha sido cuestión de suerte.

—Bueno, la fortuna siempre está de mi parte.

—Lo siento —dijo ella—. La tarjeta tiene la dirección de un bar. Reúnase allí conmigo el jueves a las ocho cuando haya tenido tiempo de pensárselo. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en la entrada—. Mire —dijo, señalando con un gesto de cabeza la pitillera que estaba en el alféizar—, quédesela por las molestias.

Kasper apartó la mirada y la llevó a su mano, que tenía apoyada en el regazo. La chica tomó aire como para decir algo, pero siguió callada. Kasper alzó la vista. Estaba agarrada al marco de la puerta de la cocina, mirando el oscuro pasillo del piso, con la boca entreabierta. Entonces se volvió hacia Kasper, le escudriñó el rostro y luego retrocedió hasta el corredor. Kasper oyó crujir las tablas del suelo y el aleteo de una cortina. La chica se mordió el labio, y de repente salió a escape con el ceño fruncido y arrastró la puerta hasta cerrarla al salir. «Joder», dijo Kasper en voz baja, y fue a la puerta de la cocina.

El pasillo estaba oscuro y vacío. Las tablas del suelo crujieron de nuevo y una gruesa cortina que había en una entrada se descorrió. Un viejo de barba blanca, descalzo y vestido con unos pantalones holgados, una camisa color crema, que en su

día tal vez fuera blanca, y un chaleco sin abrochar, salió con paso inseguro del cuarto y apoyó la mano en la pared.

—Herr Meier —dijo, fingiendo sorpresa, con voz débil y ronca, reducida a la mínima expresión por otro resfriado.

—¿Qué te he dicho de que salgas de tu cuarto? ¿Qué te he dicho una y otra vez?

—Aquí no hay nadie.

—Antes había alguien, y acaba de verte.

—No sé de qué me hablas.

—Eso es mentira.

El viejo se cruzó de brazos.

—Tenía que usar el baño.

Kasper meneó la cabeza.

—Papá, lo hemos acordado. Si alguien cree que somos parientes, perderemos tu cuarto. Tendremos una familia de prusianos orientales metidos aquí antes de mañana si esta mujer decide denunciarte. Diez de esos gilipollas.

El viejo suspiró y se encogió de hombros.

—A mí me ha parecido bastante inofensiva —dijo.

—Más inofensiva de lo que ella se cree —dijo Kasper.

—Y, de todos modos, no sabe que somos parientes.

Kasper lo miró como si se mirara en un espejo oscuro y poco favorecedor. Era la viva imagen de su padre en estatura, complexión y porte, en el loco pelo blanco y en los largos lóbulos de las orejas. Aunque más profundas, las arrugas de la frente y las que tenía alrededor de los ojos y la boca eran una copia hasta el último detalle, pero hechas con un pincel más ancho. En tiempos el padre de Kasper había sido un victoriano alto y rubicundo, con una amplia robustez que Kasper no había conseguido nunca. Pero en los últimos diez años había encogido, y ahora sus cuerpos de guerra se parecían. Su padre seguía manteniendo la barba recortada con una roma navaja barbera, se

cepillaba el pelo todas las mañanas y se las arreglaba para conservar cierto aire de su antes inmensa y jovial dignidad. Pero Kasper no veía esto. No acababa de ver más allá de lo que había desaparecido, de lo que fue en su día. Su padre era la única tragedia personal que le quedaba ante la que era incapaz de cerrar los ojos, y eso lo hacía sentirse abatido.

—¿Ha traído algo?

—Un cigarro —dijo Kasper, al tiempo que retrocedía hasta su cuarto, a su silla, y miraba por la ventana.

El viejo apareció junto a la puerta.

—No deberías intentar bajar a ese baño todo el rato —dijo Kasper—. Llámame, cuando esté solo, y yo vaciaré todo lo que haya que vaciar.

—Intento mantener un poco de sentido de la dignidad. Y puedo bajarme de la cama si quiero.

—Estás enfermo.

—Siempre estoy enfermo. Estoy aburrido.

Kasper se volvió y lo miró fijamente.

—Pues no hay nada más emocionante que hacer en la cocina.

El viejo meneó la cabeza.

—¿Qué he hecho yo para merecerte? —dijo, y desapareció.

Kasper oyó que la puerta se abría otra vez, y el crujir de los escalones mientras su padre se dirigía hacia los aseos que funcionaban dos pisos más abajo. Tosía fuerte al andar, arrojando todo el catarro que había contenido mientras había visita en la habitación de al lado.

Kasper observó cómo se secaba la oscura mancha de agua en el patio, en torno al desagüe. Ahora Fräulein Hirsch tenía dos secretos que contar: lo tenía a él y tenía a su padre. Había resuelto cosas peores que una pequeña extorsión y, sin embargo, aquella conversación le pesaba como una piedra en

el estómago. Creía haber localizado la opresión nerviosa en la rareza de una joven que recurría al chantaje, pero ¿era aquello más extraño que la esposa del viejo alcalde que vivía en el edificio de enfrente y arreglaba pantalones a cambio de cigarrillos? ¿Más extraño que el dentista con sólo un brazo y sin piernas de la antigua Adolf-Hitler-Platz, o que el niño de ocho años que le había puesto un cuchillo en el vientre a Kasper mientras el hermano menor le afanaba los cupones de racionamiento? Se preguntó si no tendría más que ver con la certeza de que la chica no trabajaba sola: todos aquellos «nosotros» y, además, la repugnante sensación de que ella sólo era el brote visible de un tubérculo metido bien hondo bajo tierra, enorme y antiguo. Porque era imposible que su anodino relato fuera cierto. Por último, se preguntó si no sería la chica en sí, su seguridad física picada de vergüenza, su brusquedad sin pulir y —aunque a Kasper le parecía ridículo dejar que la palabra se le formase siquiera en la cabeza y en los labios— su encanto.

Le recordaba a alguien: ¿a una cantante de cabaré que había visto con frecuencia antes de la guerra, quizá? ¿Se llamaba Rosa? Cantaba *Jenny la pirata* mal, pero con entusiasmo.

*A mediodía la bahía estará tranquila,  
cuando pregunten: ¿Quién tiene que morir?  
Y me oirán decir: ¡Todos ellos!  
Y cuando rueden sus cabezas diré: ¡Hurra!*

Su padre volvió a pasar por delante de la puerta.

—Está entrándome jaqueca —gritó Kasper mientras el viejo desaparecía de nuevo en dirección a su cuarto otra vez—. ¿Me oyes? ¿Papá? Me has levantado una puta jaqueca.

Echó atrás la alfombra de la cocina y dejó al descubierto un colchón individual con un montón de botellas de coñac,

algunos paquetes de cigarrillos y tres latas de jamón al lado. Aquello representaba la moneda de sus pagos durante los últimos años. Sacó un sucio trozo de tela del cubo de agua que siempre estaba junto al fregadero y se tumbó en el colchón, al tiempo que se desabrochaba la chaqueta y se ponía el trapo mojado sobre la frente.

Kasper recordaba a Heinrich Neustadt, sólo muy vagamente, del bar durante la década de 1930, una presencia en la periferia de las cosas. Cuando meses atrás había abordado a Kasper con aire nervioso en el local de Frau Müller, Kasper habló con él como con un desconocido, tratando de escapar del necio y molesto parloteo de aquel hombre, hasta que él le preguntó tímidamente por Phillip. Kasper se quedó boquiabierto y luego masculló algo sobre que había fallecido. Mientras Heinrich se disculpaba, Kasper observó con atención su cara al tiempo que intentaba situarlo en aquel mundo perdido. Ya casi no le quedaba pelo, pero Kasper logró reunir los fornidos hombros y el pecho fuerte y grueso, los ojos negros y las oscuras y tupidas cejas en algo parecido al recuerdo de una persona. Le costó trabajo evocar su voz de entonces, pero lo vio en los rincones oscuros, al extremo de la barra, al borde de las mesas de otros.

La aventura amorosa comenzó de manera incómoda. Casi por invitación. Heinrich siguió acudiendo al local de Frau Müller y le dijo a Kasper que tenía un cuarto en un piso de la Sybelsstraße. Una puerta cerrada con llave en una casa intacta, un compañero insistente y con buena disposición, proporcionaban a la invitación un atractivo mayor del que habría tenido en otras circunstancias. Y una noche de borrachera en el local de Frau Müller, después de que Kasper se pasara la tarde regateando con una niña de diez años por las joyas de su madre recientemente fallecida, no hizo falta más ofrecimiento que la mano caliente de Heinrich metida en la suya. Kasper no se acordaba con placer de

la sonrisa agradecida y de los agrios besos, pero dormir al lado de alguien, dos personas solas en un piso, y despertar durante la noche con un cuerpo cálido junto a él, bastaron para que volviera la siguiente semana, y las semanas después de ésa.

Había dejado claro unas cuantas veces que deseaba cortar, pero la última vez, sólo una semana antes, había forzado el desenfreno, había sido cruel. Procuró mantenerse tranquilo —y lo consiguió— pero Heinrich se puso a suplicarle, y luego amenazó con llorar, y luego gritó, lo arrinconó a empujones, acariciándolo... las manos de él en sus muñecas, en su pecho y en su cuello.

—¡Eres repugnante! —le gritó Kasper.

Un hombrecillo triste y acosado, y Kasper le decía que era repugnante. Heinrich retrocedió hasta la esquina de la habitación y Kasper lo dejó allí a oscuras. Y ahora Heinrich se tomaba una pequeña venganza que, sin duda, le causaría más problemas a él que a Kasper... Aquel pensamiento lo llenó de la familiar mezcla de ira y lástima que había marcado toda la relación.

Kasper abrió los ojos y parpadeó, procurando excluir aquellas imágenes, apartar a Eva y a Heinrich. Cuando volvió a cerrarlos trató de escuchar únicamente los sonidos que lo rodeaban: las toses de su padre y el roce de sus sábanas, el raspar de la escoba de Frau Sauer, la voz en alto de una madre en algún lugar del edificio, el rumor casi inaudible de los vehículos militares por las calles arrasadas.

Pero allí había alguien más. Veía los ensangrentados ojos de Phillip. Era como si aquella chica lo hubiera traído consigo. Y, como en un *déjà vu*, Kasper tuvo la sensación de haber sabido ya que él vendría hoy... de repente parecía algo inevitable. Se estremeció. Los ojos se transformaron en un rostro y en un cuerpo. La frente de Kasper seguía estando caliente. Le dio la vuelta a la tela que tenía en la cabeza. Había empezado a tiritar.